

genua impresión de línea recta, los cuentos, «El caso de copito» y «Confianza», en los cuales no se quiebra aparentemente la continuidad del contenido; pero bajo el cual zigzaguean, o la risueña chispa de la malicia, o la chispita maliciosa de una simpática conmiseración.

Con sólo el cuento «El Coronel», que inicia y comanda este volumen, y el que hemos querido citar a lo último (no en castigo por la triste defección de su héroe, sino en méritos de jerarquía literaria), Carlos Corvalán inicia y cimenta su propia jerarquía de cuentista. Reune este relato las condiciones de observación indispensables a este género humorístico, y a cualquier otro. Sin alardes estilísticos ni dejadeces de expresión, el autor nos lleva alegremente, como en el aire, desde el comienzo hasta el final del libro, por un trayecto imprevisto y animado. A ratos únicamente, al bajarnos acaso de nuestra cómoda contemplación, alguna piedrezuela descuidada, nos hace dar uno que otro tropezoncillo. Pero eso no es nada: ¿qué cuesta quitar las piedras?

Con un bello prólogo de Domingo Melfi, quien ha observado con cariño y comprensión al autor, «al trasluz» de esta su primera obra, Carlos Corvalán nos brinda también con sus cuentos, la impresión de ser un escritor hecho y derecho en su género.—GUILLERMO KOENENKAMPF.

<https://doi.org/10.29393/At186-13SCMR10013>

SIGNIFICACIÓN DE LAS COSAS, por *Carlos René Correa*.—  
Editorial Nascimento, 1940

El hombre, inmerso en el espectáculo grandioso de la vida, sólo se detiene a contemplar los hechos y las cosas que hieren fuertemente sus sentidos. Se afana por lo más urgente y se suma al fárrago humano en el tumulto plebeyo. Teme aislarse y definirse como una individualidad. Y sus gustos, y sus ideas, y

su modo de vivir, son los de la mayoría, es decir, plebeyos. El hombre se mide en cuanto es una unidad de la masa, un integrante de la colectividad. Sin duda, desde el punto de vista político y económico debe ser así. Pero el artista, poeta o escritor, no tiene por qué confundirse con la muchedumbre amorfa. El arte no es más que la expresión de una individualidad que bien puede coincidir con la expresión la mayoría; pero generalmente no sucede tal cosa. Son precisamente esas individualidades definidas las que se hastían de los espectáculos grandiosos y estridentes, creados para el goce de los espíritus simples, y buscan en las cosas menudas la poesía recóndita y esencial para revelarla en toda su magnífica belleza. Tal ha sido la obra de Carlos René Correa al escribir su libro «Significación de las cosas».

El joven crítico y poeta que es Carlos René Correa, se ha detenido con morosa delectación contemplando las cosas menudas, los hechos minúsculos, aquéllos aún incontaminados de lodo humano, y que se muestran al que sabe bucear en la naturaleza allí donde se manifiesta con toda su belleza primitiva y virginal. Allí Correa encontró la auténtica poesía y nos la transmite en su lenguaje fino y delicado como las cosas que vió. Con ellas dialoga silenciosamente, fraterniza con su alma escondida; en su contacto el espíritu se purifica y ennoblece; alivian el camino, hacen amable la vida. Ellas son en la vida camino, motivo y término de viaje; tienen gestos amables y encienden estrellas que sólo apaga la muerte».

Sigamos el sendero que nos marcan estas luces estelares y entremos a este libro con la seguridad de que en él encontraremos una música de luces que quietará nuestros espíritus atormentados por preocupaciones ciudadanas; y nuestra alma, aunque sea por breves momentos, no mostrará su ceño angustiado. Carlos Correa, poeta de fina sensibilidad, sabe captar la emoción recóndita que se esconde en la flor humilde, en el pájaro errabundo, en la piedra sedentaria, en la brizna reverdecida, en

el musgo que tapiza los viejos tejados... Se acerca a ellas asistido del espíritu de San Francisco y como un eco de sus palabras, nos habla en el lenguaje divino de las cosas humildes y desamparadas. «¡Tienen ellas—dice—una filosofía tan simple y cotidiana!». Así también las palabras de Correa. Al leer estos poemas en prosa nos sentimos niños y añoramos el tiempo en que el mundo de nuestra imaginación estaba poblado de cosas humildes y sencillas. En el mediodía de nuestra existencia, reamanecemos.

Hagámonos niños y penetremos en este libro para saber el sentido de esas cosas aparentemente insignificantes que el tiempo ha ido destiñendo con su distanciamiento inexorable. Evoquemos la Casa de los abuelos: «Como una buena mujer, vestida de roja pollera, la tinaja nos saluda en la puerta: —Buenos días señora. Y de su corazón le florecen los cardenales».

Como en esa casa de antaño, en el interior de este libro hemos aspirado el perfume de flores modestas y de cosas humildes, que ya no se encuentran en las suntuosas mansiones modernas.

Hoy que los poetas retuercen la expresión en un lenguaje epiléptico para justificar la ausencia de poesía, ésta de Carlos René Correa penetra fácil por el camino de la emoción y se adueña de nuestra alma, porque canta a cosas eternas en un lenguaje humano. Como los poemas en prosa de Pedro Prado, éstos de Correa están impregnados de filosofía esencial.—MILTON ROSSEL.



### EL ETICISMO, por *Alejandro Korn*

Ha llegado a mis manos como un obsequio de inapreciable significado, el primer volumen de los trabajos de Alejandro Korn que ha reunido la Universidad de La Plata. Corresponde ese volumen a un conjunto de ensayos y apuntes filosóficos en